

MEMORIA ULTIMA

JUAN GARCÍA ABELLÁN

I

Este anciano de barba encanecida, trémula voz, y en los ojos, irisada, una tristeza innumerable, es para Tomás el sastre, para el cojo Ríos, para la vieja Sofía, para los amigos de juventud que ahora le rodean, Vicentico el de Juan de Dios. Este anciano en el que los muchachos de su Archena natal indagan mirándole insistentes una vida millonaria en aventuras presentidas —soldado en Filipinas, emigrante a las Américas—, viene de París y allí, en un aula de la Soborna disertando sobre motivos murcianos, ha resumido su existencia itinerante:

...por el mundo me fui con el alma de mi tierra.

Veinticinco años por medio y el regreso, ahora, a los orígenes. Desde el apeadero ferroviario, con el primer vientecillo marcerero de la mañana, Vicente Medina toma el polvoriento camino del pueblo. Le flanquean tierras secanas de Campotejar, barbecheras

ralas, muñones de vides: en las motas, ásperas higueras, y la grama ya casi prendida por la yesca del sol. Después, la transición no por esperada menos brusca; bancales invadidos por la oscura junza, sensuales arboledas, verdes múltiples, oteros teñidos del rosa matinal, y un horizonte de airosas palmeras. Por fin, el puente, con los álamos abajo, y los sotos esmeraldinos. El reencuentro.

Con la vista entregada al paisaje, el poeta se reconoce en el muchacho perdido, entre ensoñaciones, por la pequeña selva de los cañaverales, riberas umbrías, para oír las voces de lavanderas madrugadoras, o los murmullos nocturnos de las muchachas que bajaban hasta las aguas del río, en los veranos, por el recato de bañarse entre sombras. O, tumbado en los azudes del Amparo, por seguir el salto acrobático de los barbos remontando la corriente sonora.

Verificaciones, testimonios. Si la distancia no ha sido, para el hombre, una desmemoria, el tiempo conservó para el poeta que retorna, parajes y paisajes intactos, los que por tantos años gustó de airear y redescibir desde la ocasional opulencia de sus dominios argentinos. Tan melancólica comprobación le hará decir al anciano, con alta y conmovida voz, cuando Murcia se le entrega en la noche del 5 de abril de 1931:

*Parece que el tiempo no pasa,
parece la misma senda...*

*¡Parece que un sueño
fue sólo la ausencia!*

II

La obra literaria de Vicente Medina es, sobre todo, una insistencia; esa obstinada fidelidad a la tierra nativa y al pueblo que, habitándola, vitaliza el paisaje, si dulce, carnal, húmedo como un labio a veces; otras, las más, drama, aspereza, frustración, cansera. Pronto lo había identificado Maragall:

—Es usted el señor de la trágica musa murciana.

Y tempranamente Azorín, cuando sólo era José Martínez Ruiz y pulsaba los versos aurorales de la primera serie de *Aires murcianos*, acertó a resumirlo: «una infinita ternura de los hombres y de las cosas». Cierto que unos y otros aprisionaron por y para siempre, desde los orígenes, la poesía de Vicente Medina. Ternura que se resuelve en irremediable, casi vegetal tristeza en términos de soledad, murria, pesadumbre, fatalismo, muerte.

Tan entregada servidumbre del poeta al contorno nativo, culmina en el raigal cultivo de formas expresivas sobre las que su epistolar amigo don Miguel de Unamuno se apresuró a advertirle:

—Una cosa encuentro en sus poesías cuyo manejo es delicadísimo, y es los diminutos en ico e ica. Dan gracia y delicadeza, pero...

No hubo, sin embargo, «peros» para el entregado a lo propio. Y así la obra de Vicente Medina de antemano y para siempre, quedó enredada en la malla de giros ruralizantes, verdaderas señas de identidad:

*No me lo dijeran,
y lo adivinara..
Te gustan las flores, hablas con el «ico»
de allá, con el dulce «dejico» del habla...*

Porque disminuir fue, para Vicente Medina, engrandecer una fidelidad primaria, devota y, por lo mismo, excelsa. En Medina lo mínimo es, por insignificante y desvalido, santo y seña del drama que el hombre habita; el niño que llora, en la madrugada; el viejo maestro de escuela agonizante; los esparteros, en los tochales y perseguidos por los guardas del monte; la sequía que amustia sarmientos y arruina al campesino; Josefica, «la compañera», que murió un invierno para abrir en el corazón del hombre el caudal de una soledad definitiva.

III

Y desde la soledad, una sombra —que eso es ya, y para siempre, el poeta— busca con el retorno consolación en las pequeñas plazas del pueblo, en las calles cortas, en los carriles que bajan a las huertas de Archena. O por las próximas referencias líricas; bosquecillos de Villa Rias, palmerales de La Cerca, rosas silvestres del Ope, para seguir, camino del Balneario, bordeando las riberas del río, entre olorosos eucaliptus y pinos reclinados sobre las aguas. Es la entrega a los orígenes con la soledad por compañera. Cinco o seis años para el desacomodo, antesala de la muerte que le tenía citado al otro lado del mar.

Una sombra rodeada de sombras; que eso eran ya, en la memoria última, los años mozos de por aquí, la plenitud creadora del poeta, la fantasía vegetal de su casa y huerto de Rosario de Santa Fe; aquel hermoso empeño murciano a orillas del Paraná. Todo quedó resumido un día de agosto de 1937,

para Vicentico el de Juan de Dios, en un pequeño
rodal de tierra, cuatro palmos, como quien dice:

Ya estás al amparo...

¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!